

## Hakuin Zenji (1689-1769)

*El cielo sin límites de la meditación.*

*La luz de luna clara de la sabiduría.*

*La verdad revelada como quietud eterna.*

*La tierra es la tierra pura del loto.*

*Este cuerpo es el cuerpo del Buda.*



**A** sí como Dogen había desempeñado un papel fundamental en la revitalización del zen Soto de Japón, Hakuin ejerció un papel semejante respecto de la escuela Rinzai del zen. Su trabajo garantizó la supervivencia hasta nuestros días de este linaje zen como fuerza espiritual.

Aunque en los primeros años del período Tokugawa (1600-1868) estuvieron activos bastantes maestros del zen brillantes, los cambios sociales tales como el control estatal de los grupos religiosos, redujeron la creatividad y el vitalismo de muchas formas tradicionales del budismo organizado. Cuando nació Hakuin, en una aldea de la actual prefectura de Shizuoka, el zen Rinzai estaba en franca decadencia, con peligro de desaparecer del mapa espiritual. Como otros muchos maestros zen japoneses notables, Hakuin era débil físicamente pero brilló ya de niño por sus dotes intelectuales. Como otros maestros, también él se planteó desde temprana edad la naturaleza de la existencia humana y se preguntó por su propio destino en el esquema general de las cosas.

Fue la madre de Hakuin la que sembró en él las primeras semillas de la fe en el budismo. Cuando Hakuin era niño todavía, le preocupaban las muestras del carácter efímero de la existencia. Se cuenta que hasta las nubes en movimiento lo inquietaban. Su madre, devota, intentaba tranquilizarlo diciendo que al menos había una cosa invariable, las enseñanzas del Buda, y le contaba relatos inspiradores sobre el Buda y sus discípulos. Un día se llevó consigo a Hakuin para asistir a un sermón que pronunciaba un monje famoso que visitaba la comarca. El monje habló de las consecuencias kármicas de las malas obras. Sus descrip-

ciones detalladas de los tormentos terribles que padecían los que renacían en los reinos infernales aterrizaron a Hakuin. Como muchos niños, Hakuin había tenido la costumbre de atrapar y matar insectos y animalillos. Entonces comprendió que aquellos actos de crueldad lo harían renacer probablemente en alguno de los infiernos. Cuando su madre se enteró de su angustia, dijo a Hakuin que la fe en el Buda lo salvaría.

Cuando Hakuin tenía quince años había llegado a la conclusión de que solo encontraría la paz si se hacía monje. Después de vencer cierta resistencia por parte de sus padres, Hakuin ingresó como novicio en un templo de las cercanías. Allí estudió el *Sutra del Loto* y otras escrituras, pero las encontró menos inspiradoras de lo que había esperado. Peor todavía fue la impresión que le produjo la lectura del martirio de Yantou Zhuanhua (828-887), maestro zen chino del período Tang que fue asesinado por unos bandoleros. Si ni siquiera un gran maestro como Yantou podía evitar una muerte dolorosa, ¿qué podían esperar los que eran como Hakuin? El descubrimiento de que el hecho de ser monje no bastaría para salvarse sumió a Hakuin en la desesperación. Durante cierto tiempo llegó a perder por completo la fe en el budismo.

A los dieciocho años Hakuin dejó el monasterio para estudiar poesía y pintura seglares, artes que practicaría con talento y elegancia en su madurez. Hakuin no tardó en sentirse atraído de nuevo por las enseñanzas budistas. Cierta día, el prior de un templo donde se alojaba sacó varios libros de su biblioteca para quitarles la humedad poniéndolos al sol. Hakuin se sintió inspirado por aquella exposición de obras de los maestros ilustres del pasado. Quiso elegir un libro para estudiarlo, pero no sabía cuál

### 25

escoger. Después de rezar pidiendo orientación divina, escogió un libro. Era una colección de relatos zen. Los relatos de los antiguos maestros zen de China arrebataron tanto a Hakuin que tomó la resolución de seguir el camino del zen con dedicación total hasta que consiguiera la Iluminación.

Como primer paso, emprendió una peregrinación de desbrimiento espiritual que lo llevó hasta muchos rincones del Japón. Estando en el monasterio de Eigan-ji, en el noroeste del Japón, Hakuin tuvo su primera ruptura espiritual, desencadenada por la meditación intensa sobre un koan. La experiencia debió

ser espectacular, a juzgar por la descripción que hizo de ella Hakuin en una de sus célebres cartas: «Fue como si se rompiera con fuerte estrépito una plancha de hielo o una torre de jades». Como consecuencia de esta ruptura, los temores de Hakuin acerca de la inconstancia y de la dificultad de evitar los tormentos de los reinos infernales se evaporaron como el rocío de la mañana. Supo con certeza que «no hay ciclo del nacimiento y la muerte, no hay iluminación que debamos buscar». Sin embargo, a pesar del dramatismo tan convincente de la vivencia de Hakuin, el prior del Eigan-ji se negó a certificar el despertar de Hakuin. Este volvió a caer en la desesperación. Visitó a otros maestros, pero ninguno quería confirmar su realización. Aquellas negativas amargaban tanto más a Hakuin cuanto que, según contaba después, estaba convencido, no sin cierta presunción, de que era la única persona que había tenido un despertar tan dramático desde hacía siglos.

Por fin, Hakuin acudió al maestro zen Dokyo Etan (1642-1721), célebre por su rigor, quien lo sometió a varios años de formación despiadada. Cada vez que Hakuin intentaba exhibir sus progresos, Dokyo lo menospreciaba riéndose de él, o incluso dándole una buena paliza. Dokyo regañaba a Hakuin por sus limitaciones y decía que era «un pobre diablo que vivía en un hoyo». Parece probable que Dokyo comprendiera que Hakuin estaba demasiado orgulloso de su experiencia de despertar anterior y que le hacía falta que le enseñaran algo de humildad. Hakuin pensó muchas veces en marcharse, pero un día, cuando estaba meditando sobre su koan, una anciana enfadada le dio un golpe tan fuerte que lo dejó inconsciente. ¡Cuando volvió en

sí, descubrió que había resuelto el koan y estaba en éxtasis! Dokyo se quedó encantado; sin embargo, cuando Hakuin se marchó del monasterio, algunos meses más tarde, Dokyo no le dio un certificado de realización. Al carecer Hakuin de este requisito, algunos autores ponen en duda su legitimidad como maestro zen, pero los actos dicen mucho más que las palabras, sobre todo en el zen.

Hakuin volvió a emprender una vida errante. Siguió teniendo oleadas sucesivas de experiencias de éxtasis que afectaron gravemente a su salud. Se trata de la llamada «enfermedad del zen», que es una especie de trastorno nervioso, y que en el caso de Hakuin, acompañada de alucinaciones vigorosas y de los efectos debilitadores de la tuberculosis, estuvo a punto de matarlo. Decía que se sentía como si tuviera la cabeza al rojo vivo y zumbando de actividad, y a la vez tenía siempre fríos la parte baja del abdomen y las piernas. Lo curó de esta enfermedad el sabio ermitaño Hakuyu (1646-1709), que enseñó a Hakuin la antigua técnica taoísta de la manipulación de las energías interiores por medio de la visualización. Aunque sufrió recaídas en su vejez, Hakuin se había recuperado lo suficiente a los treinta y dos años para regresar a su pueblo natal, donde se estableció como maestro zen destacado, con varios templos a su cargo. Se hizo célebre por el rigor con que formaba a los monjes y por su bondad solícita con la gente corriente. Formó a una serie de discípulos destacados, con lo que consiguió que su estilo de zen Rinzai se conservara tras su muerte y hasta la actualidad. Todos los maestros de la escuela Rinzai del Japón actual remontan su linaje de transmisión hasta Hakuin.

禪

### ENSEÑANZAS *El gran abismo*

En los escritos de Hakuin que se han conservado se reflejan dos planteamientos de la filosofía y la práctica budista, uno para los seglares y otro para sus monjes. En sus tratos con la gente corriente, Hakuin intentaba, con éxito notable, comunicar el mensaje básico del Dharma en un lenguaje cotidiano. Sus sermones y sus cartas están salpicados de anécdotas humorísticas y de canciones y poesías sencillas pero efectivas. Aunque, a dife-

rencia de algunos maestros zen, se negaba a aprobar la práctica de la escuela de la Tierra Pura de recitar el nombre del Buda, no dudaba en animar a sus seguidores seglares a que invocaran al Buda recitando su nombre y visualizando su imagen. Sin embargo, solía recordarles que era mejor que buscaran la Tierra Pura dentro de sus propias mentes, en vez de rezar pidiendo el renacer en ese reino. Hakuin comprendía que la práctica de la Tierra Pura estaba dirigida a conseguir un objetivo.

Hakuin se lamentaba en sus escritos de la falta de vitalidad de los practicantes de la escuela Soto: «Practican sentados en silencio, muertos, como si fueran incensarios de una tumba antigua, y consideran que esta es la verdadera práctica de los grandes patriarcas». Si bien su visión no produjo ninguna innovación espectacular, Hakuin sistematizó el empleo de los koans, clasificándolos por niveles adecuados para los estudiantes en diversas etapas de desarrollo. A los principiantes les recomendaba que meditasen sobre un koan que hizo célebre Zhaozhou:

Un monje preguntó a Zhaozhou:

—¿Tiene un perro naturaleza búdica o no?

Zhaozhou respondió:

—¡Mu!

La meditación sobre este diálogo permite a los estudiantes reflexionar sobre la pregunta:

«¿Qué es la naturaleza búdica?», hasta que descubren que tanto «la tiene» como «no la tiene» son respuestas equivocadas a la pregunta.

También se atribuye a Hakuin la invención de algunos koan propios que se hicieron célebres. Por ejemplo, encargaba a sus discípulos que meditaran sobre «el sonido de la palmada de una sola mano».

Hakuin enseñaba, tanto a los monjes como a los seglares, que hay tres cosas esenciales para el éxito en la práctica del zen: gran



fe, gran duda y gran decisión. Ya hemos visto la idea de la «gran duda» en las enseñanzas de otros maestros zen, en las de Bassui, por ejemplo. Aunque algunas personas tienen la fortuna de alcanzar espontáneamente este estado de incertidumbre y duda desde una edad temprana, muchas no llegan a él. Para Hakuin, la gran decisión necesaria para la práctica rigurosa de los koans es el modo más eficaz de generar la duda y la tensión que se precisan para hacer la ruptura con la mente cotidiana relativa. Como dijo Hakuin: «El gran despertar se encuentra al fondo de la gran duda». A la larga, según enseñaba Hakuin, el despertar recompensa al estudiante con una alegría tan grande como era grande la duda que lo precedió: «Es como si te encontraras ante un abismo vasto, vacío, sin lugar donde poner las manos y los pies. Te enfrentas a la

muerte y sientes el pecho como si te ardiera. Y, de pronto, eres uno con el koan, y desechas el cuerpo y la mente [...], entonces llega la gran alegría». En cuanto a la fe, Hakuin tenía claro que la práctica budista requiere el compromiso radical que solo una gran fe puede generar: «Si quieres estar en armonía con tu verdadero ser, debes estar preparado para soltarte cuando estés colgado de un precipicio, para morir y para volver a la vida de nuevo». Esta fe solo puede nacer de una comprensión profunda de las enseñanzas del Buda.